

Las revueltas populares en Ecuador

Popular Revolts in Ecuador

Jaime BREITH, Arturo CAMPAÑA y Francisco HIDALGO

Revista ESPACIOS, Ecuador

RESUMEN

La historia de las sociedades latinoamericanas, desde sus inicios, ha estado marcada por las luchas populares. Es una historia escrita la más de las veces con la violencia que reclama el derecho a la vida. Es la historia de unos colectivos que se niegan, se resisten, a perder sus espacios. Siempre ha sido de esta manera, pero ya es tiempo de cambiar el presente por un futuro de auténtica justicia. El nuevo Milenio nos recibe con las ideologías de la globalización y del mercado único, con la exclusión social y la crisis económica; debemos reaccionar como un solo pueblo frente a esto, y para eso es necesario despertar y organizarnos desde nuestras unidades culturales a fin de vencer la voracidad del capitalismo neoliberal.

Palabras clave: Luchas populares, América Latina, indigenismo, neoliberalismo.

ABSTRACT

The history of Latin American societies since their beginnings has been marked by popular revolts. It is a history written the majority of the time with violence which claims the right to life. It is the history of a community that refuses and resists the loss of its spaces. It has always been this way, but it is now time to change the present for a future with authentic justice. The new millennium arrived with ideologies of globalization and a common market, with social exclusion and economic crisis. We must react as one people in the face of this reality, end for this it is necessary to awaken and get organized in our cultural units for the purpose of defeating this voracious neo-liberal capitalism.

Key words: Popular struggles, Latin America, indigenous peoples, neo-liberalism.

Para intentar analizar las trascendencias de las revueltas populares latinoamericanas es pertinente intentar un paralelo entre una experiencia artística reciente y el ámbito de la movilización social. En Marzo del 2002 Quito fue escenario de un concierto de campanas en su centro colonial. El público participó en un acontecimiento novedoso, consistente no sólo en el armónico tañer de decenas de campanas, de edades centenarias algunas de ellas, sino en la melodía de fondo que las organiza. No es esta una melodía usual, como el antiguo concierto decimonónico; es más bien una melodía que viaja de un extremo al otro del espacio, presentando nuevas texturas y sentidos. Corriente sonora que va en unos casos del centro a la periferia; en otros de fuera hacia el centro, en otros momentos de norte a sur, o de oriente a occidente. Para apreciarla hace falta estar dispuestos a dejar los viejos esquemas para percibir lo nuevo, y mejor si uno se ubica en una parte alta para apreciar todo el movimiento.

Traemos este hecho musical, como una metáfora, por su paralelismo con el acontecer de las luchas sociales y populares en Latinoamérica de fines del siglo anterior e inicios del actual. Así como los sonidos del concierto referido saltan con todas sus variaciones de un lugar a otro desde la geografía de campanarios coloniales quiteños, así hemos visto y vemos irrumpir protestas, movilizaciones generales, levantamientos, en un lugar y en otro, a veces sin aparente coordinación ni previsión, en formas no avisadas, mostrando la presencia de sujetos sociales nuevos, junto a los tradicionales. Ahí están: Ecuador, con su Enero del 2000; Costa Rica, con su Abril del 2001; nuevamente Ecuador, con su Febrero del 2001; luego Argentina, con Diciembre y Enero del 2002. Venezuela con su 13 y 14 de abril. Todos acontecimientos cuyas huellas parecerían estar sueltas, pero que poco a poco nos informan de su relación con procesos más estructurados como la marcha Zapatista desde Chiapas al D.F. en Junio del 2001, los Foros Sociales Mundiales en Porto Alegre en el 2000 y 2002, y la siempre vital y decisiva presencia de Cuba antiimperialista. A todo lo cual cabe relacionar también la compleja encrucijada de Colombia, y otras luchas populares como las de Bolivia, Paraguay, Uruguay, cada una con sus propias vitalidades y fortalezas.

La historia en todos los casos aludidos se presenta ahora con elementos que no estuvieron antes, o que, habiendo estado, no disponían de las condiciones para alcanzar la dimensión y la energía con que actualmente se manifiestan. Lo cual obliga a romper viejos esquemas de interpretación y proyección de los acontecimientos; reclama que individuos, grupos y sectores sociales abran su mente y sus sentidos para percibir lo nuevo, superando las limitaciones que pudieren contener las teorías y las prácticas sistematizadas en base a determinaciones y mediaciones históricas precedentes.

Para apreciar la enorme riqueza que todo este movimiento tiene, conviene ubicarse en un lugar que a la vez que nos permita ver el conjunto, nos capacite para distinguir la especificidad de las partes. La atalaya que proponemos es la de reconocernos y afirmarnos como Latinoamericanos, enfrentados de manera general pero también muy particular, al complejo proceso de totalización, exclusión social y confrontación planetaria, impulsado por el capitalismo neoliberal. En ese contexto, la escena general de las luchas populares a inicios del siglo XXI esta atravesada por: i) la acumulación de los efectos de más de veinte años de aplicación del modelo neoliberal en Latinoamérica, ahondados con la crisis de la deuda de 1982 que terminó obligando a todos los gobiernos a sujetarse sistemáticamente a los programas de ajuste del Fondo Monetario Internacional; ii) la re-agudización, en el contexto del capitalismo salvaje, de contradicciones sociales muy antiguas: colonialismo, capitalismo, racismo; algunas arrastradas desde nuestra fundación como repúblicas y otras venidas desde los procesos de conquista y dominación; iii) la complejidad – complejidad

desequilibrada— a la que ha sido llevada la estructura social como resultado de la acelerada imposición del proceso económico de globalización cuyo carácter es de auténtico fundamentalismo mercantilista; iv) la dimensión inhumana alcanzada por acciones sistémicas como la destrucción del medio ambiente, la supresión de las conquistas sociales, y la reducción de los derechos esenciales de los más variados grupos humanos; v) la agudización de conflictos en un contexto de guerra de agresión imperial que ya se ha declarado y que se perfila cada vez más grave y comprehensiva; v) el debilitamiento y descrédito del viejo estado-nación y la fragmentación de los poderes centrales del estado; iv) el re-posicionamiento conflictivo pero a la vez promisorio de los poderes políticos locales; v) el cuestionamiento a las concepciones predominantes sobre la política y el poder; vi) la debilidad en las propuestas estratégicas en el campo popular, tanto por los límites del viejo discurso de la izquierda hoy insuficiente para generar un bloque contra-hegemónico, como también por la dispersión característica de los llamados nuevos movimientos y sus discursos, cuyo acento privilegia la diversidad pero descuida en mucho la universalidad.

El Ecuador es uno de tantos escenarios donde el conjunto de factores señalados se han conjugado de manera muy particular y donde se han hecho presentes formas de acción y salidas inéditas en su historia; pero también donde se han expresado y expresan los límites de un accionar que tiende a concentrarse predominantemente en los “nuevos movimientos” y que es proclive a tomar desmesurada distancia, con crítica destructiva incluso, de otras expresiones organizadas de la izquierda.

1.- ¿Qué perspectivas políticas se estarían abriendo con la ampliación del espectro de participación social, dado que a los actores tradicionales se sumarían ahora otros nuevos y muy variados?

Efectivamente, un primer aspecto a reconocer es la ampliación del espectro de participación social —de protesta, de resistencia, e incluso en determinados casos de confrontación abierta— cuya génesis habría que relacionar con: la virulencia, amplitud e inmediatez de los impactos de las políticas neoliberales; la recomposición de la estructura de clases y fracciones sociales, resultante a su vez de las modificaciones y ajustes del aparato productivo, de la exclusión e in-formalización de la economía, de la fragmentación del mercado nacional; la emergencia de formas particulares de articulación colectiva, precipitadas en torno a la defensa de intereses compartidos y a la necesidad de ir analizando y dando cuenta de las contradicciones nuevas o fuertemente agudizadas; la adopción en el razonamiento político de líderes populares e intelectuales progresistas de una perspectiva crítica abierta al análisis de contradicciones antes menospreciadas, pero fundamentales para comprender la configuración actual de lo social y el rol transformador de los sujetos sociales en el nuevo contexto histórico.

En el Ecuador, después de dos décadas de continuos programas de ajuste, de presión por la liberalización de la economía, de flexibilización de las relaciones laborales, los principales resultados han sido: el incremento geométrico de la pobreza, la pérdida de fuentes de trabajo, el desempleo masivo y el subempleo, la precariedad de los salarios, la usurpación de los ahorros de las capas medias por el corrupto sector financiero, el desmantelamiento de los servicios sociales y de las empresas estatales, la exacción de los principales recursos naturales y la descontrolada destrucción del medio ambiente.

Señalemos al paso algunas evidencias que no piden fuerza: las estadísticas oficiales reconocen que la pobreza en el último lustro se incrementó de 4 millones a 9 millones de ha-

bitantes; y que la pobreza extrema afecta a más de 20% de la población. Los trabajadores con su condición económica y legal precaria, los subempleados y desempleados, forman parte muy visible de la empobrecida cotidianeidad urbana y aun rural. El volumen emigratorio de fuerza laboral ha alcanzado ya la escalofriante cifra de cien mil ecuatorianos por año y las remesas de dinero de los emigrantes constituyen ya uno de los primeros rubros para el sostenimiento de la economía interna.

Todo lo cual habla de una estructura productiva y de un mercado nacional cada vez más excluyentes y estancados. Gran parte de la lucha de los trabajadores en el Ecuador de los últimos años ha debido girar a la defensa de los puestos y los salarios, aunque en el marco adverso de una legislación laboral “flexibilizada”. Por esta vía –la de privilegiar la defensa del interés particular– los obreros y sus expresiones gremiales organizadas, se han distanciado y se han rezagado importantemente respecto de perspectivas más amplias y unitarias de lucha. Entre los subempleados y desempleados, cuya cifra supera ya el 60% de la población económica activa y que se mueven en el conflictivo espacio de la informalidad, empiezan a esbozarse en cambio instancias germinales de organización, unas más estables y sistemáticas, otras más bien coyunturales. En fin, la clásica huelga obrera parcial –malamente herida por la estrategia neoliberal o desprestigiada por su mal uso– va dejando de ser el instrumento referencial único. Y las luchas de la clase trabajadora –obreritos y excluidos, a los que se ha sumado una amplia clase media que va cayendo en desgracia–, van adoptando nuevas formas inéditas y creativas de protesta.

A lo dicho se debe añadir otros aspectos determinantes en el devenir social ecuatoriano de las dos últimas décadas: la vigorosa irrupción, en el escenario de lo público, del movimiento indígena –andino y amazónico– organizado al comienzo en torno a la reivindicación de su ser multicultural y plurinacional, y más tarde de sus derechos a la participación política y a la conducción del estado; la no menos importante presencia del movimiento de género, que en el caso ecuatoriano se ha beneficiado –al menos en el nivel académico– de los resultados de un rico debate que ha evitado su despolitización y adaptación funcional a los intereses del sistema; los movimientos ecologistas, a cuyo interior también se han ido debatiendo variadas posturas políticas y se han ido posicionando mejor aquellas comprometidas con la defensa de la naturaleza al servicio de lo humano; los sectores democráticos de la iglesia –no sólo de credo católico sino evangélico– heredera de la corriente de los pobres, que ha acompañado de cerca al movimiento indígena; el afianzamiento de organismos realmente democráticos de derechos humanos, acicateados por el accionar heroico de familias de desaparecidos, que no han cejado en su lucha hasta desenmascarar la naturaleza represiva e inhumana de las instancias policiales del estado; la emergencia, tímida aún pero no menos promisoría, de la organización campesino-agraria de la costa.

No se puede dejar a un lado, desde luego, la poderosa marejada social resultante de los forzados asentamientos humanos no planificados en torno a las principales ciudades del país. Reclamando estatuto de legitimidad y defendiendo el derecho a un lugar y a un techo para sobrevivir, las barriadas de pobres también cuentan con sus organizaciones –federaciones de barrios– y libran su batalla por el cambio en variados espacios de construcción de ciudadanía. De hecho los consejos provinciales, las municipalidades, los organismos distritales –áreas de salud, educación, bienestar–, las organizaciones no gubernamentales urbanas, etc., han debido examinar sus mecanismos y tratan de ajustarlos, con poco éxito por cierto, a la voluminosa presión de las necesidades de estos barrios “invasivos”. Pero los barrios de pobres, siendo espacios de agrupamiento forzoso de gente que se mueve al filo de la supervivencia, han sido objeto de manipulación política y han provisto de voto fácil al po-

pulismo político ecuatoriano, que se concreta siempre con la cooptación de la dirigencia. Sin embargo, barrio y organización barrial se van ofreciendo también, cada vez más, como escenarios para el aprendizaje de lo humano-ciudadano, para el auto-reconocimiento, la recuperación de dignidad e identidad, para la construcción de subjetividad y por lo tanto para la acción transformadora.

Este es el contexto en que en Ecuador se ha ido ampliando y ajustando la mira política desde el lado popular. Así, a la perspectiva de liberación de la clase obrera-industrial se han ido sumando las de otras clases y fracciones, cuya explotación y miseria laboral se dan por fuera de las fábricas y empresas. La lucha de liberación se ve ahora potenciada por un enfoque etno-cultural, venido desde la vertiente indígena, y que ha puesto en palestra el conflicto de la dominación social basada en una cultura excluyente y en un estado-nación fundados en matriz blanco-mestiza. El derecho a la existencia plena de las diversas expresiones de las culturas y naciones indígenas es hoy por hoy referente irrenunciable de lucha en territorio ecuatoriano. También los movimientos de género y los movimientos ecologistas, con sus debates, denuncia y acciones concretas en contra de los rezagos de la dominación patriarcal, en un caso, y del deterioro sobre el conjunto de condiciones de vida de los esquemas industrialistas del capitalismo, en otro, contribuyen permanentemente a ampliar las perspectivas, y matizar y animar las luchas de liberación. Todo esto, lógicamente, se ha ido consolidando en base a una propuesta distinta acerca de lo humano, que los ecuatorianos han venido trabajando desde diferentes ámbitos, y que se confronta abiertamente con el limitante rostro humano con que se quiere legitimar la explotación capitalista.

Todo esto va abriendo los horizontes de participación. Cada vez son más los sectores afectados por la imposición de un capitalismo depredador de la fuerza de trabajo y de la naturaleza. Las perspectivas para entender lo popular son más diversas y sus formas de lucha comportan nuevos mecanismos. Ello obliga a reconsiderar las nociones y esquemas respecto del acceso de los sectores populares a la política, de las formas de organización para la reivindicación social y las perspectivas sobre el poder y los planteamientos estratégicos.

2.- ¿Cuáles los aportes y limitaciones de los proyectos históricos, así como de las nuevas alternativas?

En los años 90 la izquierda del Ecuador, al igual que la latinoamericana, comenzó a interpelar las desviaciones mecanicistas-economicistas del marxismo. Estas, como se sabe, habían dejado a las bases sociales en posición de seguir, pasivamente, unas líneas de pensamiento rígidas, y a los intelectuales progresistas como bloqueados en su capacidad de aproximarse, con pensamiento crítico, al conocimiento de las nuevas realidades. Lo cierto es que la acelerada imposición del modelo neoliberal a nivel de un país periférico como el nuestro, fue alterando notablemente el escenario de la producción y, con ello, la lógica y formas de organización de las masas explotadas. En período realmente corto, los capitales de la industria y pequeña industria ecuatorianas se redujeron y desvalorizaron, los ahorros e inversiones nacionales resultaron usurpados por la banca, el valor de la mano de obra cayó en picada, y el desempleo se disparó en proporción geométrica. En nuestro país también, como en tantos otros, las formas de organización de las masas han ido cambiando y en lo político las expresiones populares se han ampliado desde concepciones relacionadas con el trabajo formal, como espacio de producción y fuente de reproducción más bien estable, pero ahora caracterizado por un gran debilitamiento de la actividad sindical, a concepciones asociadas con las estrategias de supervivencia social por fuera del ámbito laboral for-

malizado, más centradas en las necesidades del espacio de consumo que del trabajo que resulta ser muy inestable, cuestión forzada por el ahondamiento y ampliación de la pobreza.

Pero si bien el barrio es el espacio donde se sobrevive y se tejen estrategias de supervivencia, sus referentes no son suficientes para nuclear una ideología penetrante, que integre las consecuencias en el consumo con las raíces en la producción. En el barrio sólo se hace visible la desigualdad pero no la inequidad, se ven los efectos de la explotación pero no se hace visible la estructura de poder que los provoca. El barrio tiene de bueno que une a la gente por la necesidad, desde él surgen las apelaciones al productivismo y a la corrupción: en su espacio se organizan las asambleas del pueblo y los piquetes sociales. Pero como casi siempre no hay un proceso de esclarecimiento político simultáneo, un pensamiento crítico que explique el vínculo entre las necesidades del barrio y la estructura de propiedad, la angustia del barrio no encuentra sus explicaciones de fondo y se entrapa en proclamas moralistas o en propuestas políticas de remozamiento de los cuadros de representación política como si se tratara sólo de moralizar el capitalismo, en lugar de transformar su esencia explotadora y monopólica.

En los momentos actuales la fuerza de lo barrial –“partidos de los barrios”– casi pareciera ser inversamente proporcional a la presencia y convocatoria de los sindicatos, que si bien no han dejado de ser un instrumento clasista de importancia, han perdido la fuerza que tenían para convocar la movilización del conjunto.

Otro aspecto importante a considerar, en el caso ecuatoriano, es el del Movimiento Indígena. No cabe duda que el movimiento indígena de los noventa marcó el inicio de su recuperación y organización como sujeto político, y arrastró al resto de fuerzas sociales hacia una redefinición de sus proyectos y estrategias. Sin embargo en buena medida el señalamiento de los límites sobre los llamados “partidos de los barrios”, es extensible a los llamados “partidos indígenas” pues, a pesar de su indudables avance, se percibe en ellos una tendencia a allanarse a las estructuras de propiedad dominantes y a centrar sus demandas en las gestiones estratégicas de desarrollo y de reivindicación cultural.

Se impone, entonces, recuperar la tesis central emancipadora referida a la monopolización de la propiedad de los medios de producción como el eje de la reproducción de la inequidad social. De no ser así, toda la rica movilidad social y las luchas abiertas que se van dando en Ecuador y en muchos otros países de América Latina, corren el riesgo de terminar convertidos en movimientos poderosos pero inorgánicos, decididos y militantes, pero confusos. Y que la centralización excesiva de la conducción política de antaño sea sustituida por la dispersión inorgánica.

3.- En este heterogéneo y complejo escenario ¿cuáles serían los retos y roles de los partidos de izquierda y de los movimientos sociales tradicionales?

El acontecer popular y sus luchas, en Latinoamérica y en Ecuador, indica que a la atención que debe prestársele a los aspectos materiales del devenir social hay que sumar una atención especial a los que atañen a la esfera de la subjetividad, por el peso inobjetable que tiene esta como herramienta de conocimiento de la realidad y de impulso colectivo. Es fundamental, en nuestra opinión, abordar en toda su riqueza el tema de la subjetividad social como clave para la construcción de un poder simbólico contra-hegemónico, contrario al poder simbólico capitalista.

La emergencia y consolidación del sujeto social indígena en el Ecuador en la década de los noventa, al igual que procesos semejantes en varios países latinoamericanos, espe-

cialmente aquellos con importante población heredera directa de las culturas originarias, muestran la trascendencia de superar el monismo y el culturalismo para terminar con la visión e imposición de un sujeto restringido o unilateral, despojado de la riqueza de “los otros” e incapaz para compartir con ellos la riqueza particular.

Pero no todo reconocimiento de la interculturalidad tiene sentido emancipador. La visión hegemónica de la diversidad cultural, tan propia del ejercicio político neoliberal, a nivel del Estado o de ciertas entidades no gubernamentales, busca rehacer la hegemonía cultural mediante la incorporación funcionalizada de la diversidad en una suerte de absorción y remodificación de otras culturas bajo la forma dominante y su proyecto.

Sostenemos que no todo pluriculturalismo es emancipador, sino aquel que adquiere la forma de multiculturalismo crítico, y se dirige a la construcción contrahegemónica mediante la integración de varias culturas por medio del análisis intercultural, en medio de una visión solidaria, de respeto a las diferencias culturales bajo equidad de derechos y oportunidades. Cosa que supone no sólo la crítica cultural, sino la superación de toda forma de dominio y concentración de poder, tanto de clase, como de género y etnia. Se trata, en suma, de conjuntar el poder explicativo de varias formas o expresiones del pensamiento crítico en una metacrítica que no es la simple sumatoria de las capacidades explicativas y del poder transformador de cada uno de los grupos.

La apertura multilateral del pensamiento crítico no puede implicar una diversificación suelta, sin un concomitante movimiento de unidad. Pero hablamos de una unidad exenta de un relato matriz que domine a los otros; creemos en la posibilidad de una unidad no dominadora y propulsora de articulación equitativa de los discursos emancipadores.

4.- Reconocemos que estaríamos en un nuevo auge de las luchas sociales en América Latina, que parecería desbordar cualquier predicción o análisis, ¿Cuáles serían las particularidades de éste en comparación con otros momentos similares del pasado?

Vivimos, en efecto, un momento de auge de las luchas populares en Latinoamérica. Creemos que en parte son la respuesta a los impactos negativos de la estructura capitalista actual, pero en parte no menos importante obedecen a una voluntad antiimperialista y de resistencia.

Lo particular de este auge es que se da en medio del imperio de un pensamiento que pretende encarrilarnos en la cultura de la desesperanza y en la ideología de “no hay alternativas”. Esto marca una diferencia contextual con otros auges, como el de mediados de los 60 a inicios de los 70 por ejemplo, que estaban rodeados del signo de la seguridad y del paradigma de una revolución cuyo resultado se suponía advenir en el corto plazo.

Se trata también ahora de una transición del esquema estratégico de la lucha popular por el socialismo de la versión más centrada en lo corporativista y clasista, a otra más abarcativa, que amplía las percepciones de clase con las étnicas y de género y con la perspectiva intercultural crítica antes señalada.

Otra particularidad del escenario actual es, obviamente, la presión para el debilitamiento de los estados-nación y la búsqueda de legitimación de una integración global subordinada, que vuelven cada vez más relevante la perspectiva o escenario mundial. En este contexto, los programas de las luchas populares, sus juegos de alianzas, sus horizontes de un bloque popular, de otros momentos de auge, como los de mediados de los 40 a la década de los 50, o el ya señalado de los 60 a los 70, que estuvieron marcados por la perspectiva del

estado-nación, y que fueron expresados en términos de nacionalizaciones y estatizaciones, de industrialización y desarrollo nacional, propenderán a abrirse con otros horizontes.

En la actualidad, un programa de cambios sociales, superando las perspectivas del estado-nación y la ideología del progreso basado en el industrialismo y la consolidación nacional, debe perfilarse a construir en serio alianzas y bloques de carácter regional y mundial, que permitan en efecto enfrentar al poder económico y político transnacional. Esas nuevas perspectivas están ciertamente en fases iniciales y nos enfrentan al desafío de acelerar el paso para alcanzar madurez.